

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 **Las edades de la vida**
- Julia Alessi de Nicolini* 6 **Los doce años**
- Carlos Hoewel* 9 **El joven**
- Luis Baliña* 27 **La crisis de la mitad de la vida**
- Lucía Piossek Prebisch* 34 **La vejez**
- Erich Kock* 41 **El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.**
In memoriam Josef Pieper.
- Carlos Schickendantz* 50 **Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.**
Una contribución de Karl Rahner.
- Carlos Valiente Noailles* 60 **Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos**
- Santiago Kovadloff* 82 **Caín doliente**
- Alberto Lago Freire* 90 **La entraña del cristianismo,**
de Olegario González de Cardedal

El joven

*por Carlos Hoewel **

1. Esencia, potencias y drama de la juventud: Iván y Ana.

Esencia

Ser joven es despertar por fin y verdaderamente a esa maravillosa y espléndida experiencia que es la vida humana. La niñez es sin dudas un período fundamental de la vida ya que en ésta se forma nada menos que la estructura psíquica de la persona en su núcleo original. En esa etapa están ya presentes las capacidades humanas, pero se hallan en estado germinal, en período de "crianza" y "cultivo." Su estado es más bien una posibilidad, una virtualidad perfilada como promesa para el futuro. Así, la niñez no deja de ser un preámbulo de la vida, un estadio de la existencia de algún modo "cerrado" en sí mismo, con sus leyes propias, leyes "preliminares" que no son las que habrán de regir después. Pero cuando las leyes de la niñez comienzan a quebrarse, se vislumbra el surgimiento de una experiencia vital nueva en la que las capacidades humanas se experimentan no ya como promesas sino como verdaderas potencias, esto es, como poderes efectivos "a la mano" para comenzar a ser ejercidos. Esta edad, que no es más una preparación sino el *comienzo efectivo de la vida en sí*, es lo que llamamos "juventud".

Pero la juventud no es tan sólo el momento del despliegue de "algunas capacidades" del hombre sino que se trata de un período de la vida de una mucho mayor densidad existencial. En efecto, en la juventud salen a relucir las *capacidades últimas* del hombre. Considero que en este primer

* Licenciado en Filosofía, Profesor de Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea y de Antropología Filosófica, investiga en el Centro de Estudios de la Sociedad Industrial, UCA

brotar de la vida humana se define de algún modo la longitud de la medida vital que habrá de alcanzar una persona hasta el fin de sus días. Eso de ningún modo quiere decir que la persona alcance su plenitud en la juventud. De hecho la madurez y la vejez son edades en las que se continúa creciendo. Sin embargo, creo que el alcance de una vida humana es como el de la flecha del arquero: está contenida en el grado en que se haya tensado el arco y en el lugar en donde haya puesto el blanco la mirada. Así, la juventud representa para el hombre no otra cosa que el momento de su posibilidad suprema, es decir, su posibilidad de llegar a ser o no plenamente hombre. De modo que quien declare no haber experimentado nunca dentro de sí el vértigo de esta expectativa de plenitud –magnífica y terrible a la vez– *habría que decirle que no ha vislumbrado aún el potencial de realización de su propia humanidad y que, por tanto, todavía nunca ha sido joven.*

Potencias.

Pero, ¿cuáles son las potencias de la juventud? Juventud es evidentemente y en primer lugar un fenómeno vital, es decir, un brotar espontáneo de las pasiones, las sensaciones, las energías ardientes del hombre. Rubén Darío canta así este aspecto de su propia juventud:

“todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía. . .”¹

En efecto, es evidente que en la juventud hacen su irrupción los poderes vitales eróticos y agresivos que llevan al hombre a afirmar la vida de manera espontánea. Lo primero que pensamos de un joven es que ama la vida, que desea vivir. Uno de los ejemplos más conmovedores de juventud en este siglo puede encontrarse en las admirables páginas del diario escrito por la joven judía Ana Frank durante los más de dos años en que permaneció escondida junto a su familia en un altillo de una casa de Amsterdam debido a la persecución nazi. (Hay que recordar que Ana y su familia fueron finalmente descubiertos por la Gestapo y llevados a los campos de concentración donde fueron asesinados: el único sobreviviente fue el padre por quien conocemos el Diario de Ana Frank). En el caso de Ana Frank, el encierro forzado y el infierno de la persecución (pensemos lo que debió ser

1 - Darío, Rubén, *Yo soy aquel que ayer. . .* Páginas escogidas, ed.rei, México, 1987,p.93

para una chica de catorce años permanecer encerrada junto a un grupo de adultos las 24 horas del día sin poder salir ni siquiera un minuto a tomar aire sintiendo la amenaza de la muerte a cada paso) no aplastaron su juventud. Por el contrario, aunque Ana no pudo "ejercer" físicamente su juventud, vivió intensamente las "potencias" juveniles. El amor a la vida, tantas veces débil en jóvenes "libres," fue la característica esencial de esta increíble joven:

"Siento en todo mi ser la primavera que empieza a despertarse. Lo siento en mi cuerpo y en mi alma. . . Brilla el sol, el cielo es maravillosamente azul. El aire está cargado de promesas y mi alma despierta a todos los deseos..."²

Después de la larga espera de la niñez, el joven quiere ante todo gozar de las capacidades vitales. La juventud es la gran oportunidad para las "gestas", para las acciones apasionadas, para el despliegue gozoso del cuerpo y del alma. Pero este "hacer" es ante todo "manifestación", "expresión" de la vida que el joven tiene adentro:

"Tengo -dice Ana- unos deseos locos de charlar, de sentirme libre, de amistad, de soledad. Unos deseos locos... de llorar. Estoy a punto de estallar... Después de un año y medio de clausura, a veces la copa está a punto de desbordarse. . . Correr en bicicleta, bailar, poder silbar, mirar a la gente, sentirme joven y libre: tengo hambre y sed de todo y he de hacer esfuerzos inauditos para ocultarlo. . .No consigo estar un momento quieta, voy de una habitación a otra, me detengo un instante para respirar a través de la rendija de una ventana cerrada y siento los exigentes latidos de mi corazón, como diciéndome: '¿Por qué no satisfaces de una vez mi deseo...?' "³

En Ana Frank la vitalidad juvenil resalta más todavía porque el mundo que la rodeaba era un mundo de miedo, odio y muerte. Sin embargo la juventud de Ana pudo más:

"Veo al mundo transformado cada vez más en un desierto y sigo cada vez más fuerte el estruendo del trueno que se acerca anunciando probablemente nuestra muerte. . .Lo que me asombra es no haber abandonado por completo mis esperanzas, que parecen absurdas e irrealizables. Y, sin embargo, me aferro a ellas a pesar de todo."⁴

2 - Frank, Ana, *Diario*, Plaza & Janes, Barcelona, 1971, p.186.

3 - Idem.

4 - Idem., p. 310

En efecto, el joven ama la vida de manera tan absoluta y elemental que siente que vivir es bueno casi "porque sí", incluso sin poder dar ninguna razón de ello o aún contra toda razón. Un lugar clásico en la literatura moderna para entender esta característica de la juventud es la obra de Dostoyevski *Los hermanos Karamazov*. En uno de sus momentos culminantes el personaje Iván afirma:

"Si no tuviese ya fe en la vida, si dudase de la mujer amada, del orden universal y estuviese persuadido, por el contrario, de que todo no es más que un caos infernal y maldito, y fuese yo preso de los horrores de la desilusión, **incluso entonces querría vivir**. . . Se puede vivir y yo vivo aún a despecho de la lógica. No creo en el orden universal, pero amo los tiernos retoños de la primavera, el cielo azul y algunas personas sin saber por qué. . . Muchas veces me he preguntado si habría en el mundo una desesperación capaz de vencer en mí ese **furioso apetito de vivir**; pero creo que no existe. . . **hasta los treinta años estoy seguro de que mi juventud triunfará de todo**. . ." ⁵

Todo lo que se llama "deseo" en el habla cotidiana -el deseo de placer, de dinero, de poder o cualquier otro deseo de esta clase- es apenas una fulguración de este deseo radical que surge naturalmente en el ser humano - casi como una "floración"- y que constituye el precioso don que recibimos en la juventud de *amar la vida sin más* que es la fuente de energía para el resto del camino de la existencia:

"Estoy encantado de tus ganas de vivir" -dice Alioscha a su hermano Iván- y agrega: "**La mitad de tu tarea está cumplida y conseguida, Iván: amas la vida.**" ⁶

Ahora bien, ¿es entonces este "apetito de vivir", este generoso amor a la vida del joven un impulso ciego, enemigo de toda razón? No lo creo. Más bien me parece que la razón y la lógica que desafía el amor juvenil es aquella razón "calculadora", "táctica", que es incompatible con el amor generoso. El joven rompe con su mirada generosa la ubicación "razonable" que una "lógica" puramente social y convencional suele asignar a cosas y personas. Pero cuando el joven se entrega a cosas o actividades que el adulto llama "absurdas" o "poco razonables" -¿por qué entablar

5 - Dostoyevski, Fiodor, *Los hermanos Karamazov*, edaf, Madrid, 1991, p. 274.

6 - Idem. p. 275.

una amistad precisamente con esa persona, visitar justamente ese lugar, admirar a ese personaje, todos ellos excéntricos, ilógicos, fuera del camino normal?— suele olvidarse que el joven, todavía no atrapado por la red de las actividades rutinarias de la vida adulta, tiene una mirada despreocupada y libre, confiada y entusiasta que da oportunidad a cosas y personas de mostrar su valor y su sentido. La mirada del joven es capaz de no despreciar un objeto por su pequeñez, un momento por su fugacidad, una persona por su rango social. Puede hacer abstracción de las “razones” adultas (“no puede hacerse porque llueve, porque no quedaría bien, porque no hay tiempo, etc.”) y concentrándose en el ser de las cosas -aún de las más pequeñas- puede vivirlas en toda la plenitud de su valor:

“Desde ayer, el tiempo ha mejorado bastante. . .cada mañana subo al desván. . .donde el aire de fuera refresca mis pulmones saturados de aire viciado. Tendida en el suelo, desde mi lugar favorito, contemplo el cielo azul, el castaño que aún no ha echado hojas, en cuyas ramas brillan unas gotas de agua, las gaviotas y otros pájaros plateados que surcan el aire en su raudo vuelo. “⁷

Así, de alguna manera, el joven puede ver en toda cosa una especie de infinito. Por eso es propio del joven no sólo “dirigirse al fin” sino también “encontrar el fin”, gozar de él a cada paso. Este gozo de la plenitud que las cosas tienen en sí mismas, de su “infinitud participada”, es característico de la alegría juvenil por todo: el placer de hacer las cosas, del encuentro con otras personas, de mover el cuerpo, de cantar, de reír... El buen humor natural del joven proviene de ese “solaz” en el instante preñado de plenitud, olvidado de toda “agenda”, de todo “objetivo.” De este modo, el amor a la vida de la juventud es todo lo contrario a la ceguera y la cerrazón. Por el contrario, la vitalidad generosa del joven implica un fenómeno “visual”, esto es, un fenómeno de descubrimiento, de apertura a un significado o un sentido, de vislumbramiento de un horizonte en personas, situaciones y cosas que es también otro *don inapreciable de la juventud*. El amor del joven a la vida va unido así a su capacidad de *ver*, de *contemplar* espontáneamente su valor y su sentido. El joven es ante todo un visionario.

Pero la vitalidad juvenil no sólo está abierta a la “infinitud participada” contenida en cada detalle sabroso de la vida sino que implica tam-

7 - Frank, Ana, op. Cit., p. 194.

bién una contemplación mayor, mucho más vasta y abarcadora que engendra en el joven un poderoso estado de expectativa, de premonición, y que, según mi opinión, es la raíz última del poderío plenificador o devastador de la potencia juvenil. Ser joven significa en gran medida haber llegado al momento de la vida en que el cuerpo y el alma se comunican de una manera fulminante con el centro último de la existencia. El joven encuentra esperándolo en el fondo de la realidad una especie de abismo de plenitud que lo atrae. Allí está la fuente que genera el poder de acción, de pasión y de movimiento formidable del joven. Como dice el poeta:

“tuve hambre de espacio y sed de cielo”⁸

Pero ¿qué es este abismo, este infinito ya no participado si no “en sí” que descubre el joven? En mi opinión, *el alma del joven –como el alma del hombre– es esencialmente religiosa*. La pasión y el entusiasmo confiado del joven por la vida no se alimenta solamente de la percepción del valor y el sabor de cosas y seres humanos sino también de una poderosa intuición de una Presencia Última -muchas veces expresada en lenguajes no explícitamente religiosos- que es fuente inextinguible de toda vitalidad:

“Yo he mirado por la ventana abierta -dice Ana Frank en su diario- desde la que se divisa una gran parte de Amsterdam. Por encima de los tejados se ve hasta el horizonte de un azul tan límpido que no se puede distinguir. Yo me dije: ‘mientras exista este sol radiante, este cielo sin nubes, y yo lo sienta en mi alma, no puedo estar triste.’ El mejor remedio para el que tiene miedo o se siente solo o desgraciado, es salir al aire libre y encontrar un lugar solitario donde estará en comunicación con el cielo, con la Naturaleza y con Dios. **Solamente entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombres dichosos en medio de la naturaleza sencilla, pero hermosa.** Mientras esto exista, y sin duda seguirá existiendo siempre, estoy segura de que toda pena será consolada, cualesquiera que sean las circunstancias que la hayan provocado.”⁹

Así, la juventud es finalmente un *fenómeno directamente relacionado con lo Absoluto*. Hablar de juventud y negar a la vez la posibilidad de una aspiración total, completa y “sin componendas” parece una contradicción en los términos. El joven -si llega a ser verdaderamente tal- sabe en

8 - Darío, Rubén, op. cit.

9 - Frank, Ana, op.cit., p. 195.

su interior que si es fiel al amor espontáneo por la vida (a su connaturalidad con todo lo que hay de vivo, de pleno y de abundante en este mundo) llegará al final a la realización del Sentido Último que de alguna manera ya está contenido en este amor. El joven, que ama la vida, también tiene una especie de "visión", de "intuición" de su último sentido que ese mismo amor espontáneo va descubriendo:

"Hay que amar la vida por sobre todo" -dice Alioscha a su hermano Iván. Pero éste último le pregunta algo extrañado: "¿Amar la vida más que el sentido de la vida?" "Absolutamente. -le responde Alioscha- Amarla más allá de la razón y de la lógica... Únicamente así se comprenderá su sentido." ¹⁰

Drama

Todos esperamos que cada edad de la vida nos traiga sus dones. Los esperamos casi como algo a lo que tenemos derecho, como si fueran ellos algo indefectible. Sin embargo, al pensar así, olvidamos que los dones de la vida no están asegurados, por eso precisamente son don: pueden sernos dados o no. Por lo demás, aún si los recibimos, cometemos un nuevo error quizás más grave que el anterior. Solemos pensar que una vez dado el don, éste ya es nuestro, que *somos nuestro don*. Pero tampoco es así. Por el contrario, si hay algo que caracteriza a la vida es que contiene un elemento "sorpresivo" que la hace irreductible a toda otra forma de vida inferior: la libertad personal. Así, la vida es siempre un asunto riesgoso, de comienzo, desarrollo y final imprevisibles. En otras palabras, *cada existencia humana es un drama*, único, irrepetible en el que nos jugamos los dones que esta misma existencia nos regala. Pero, como en todo drama, el drama de la vida tiene sus momentos "definitorios" o "culminantes" en los que se va perfilando la definitiva realización o frustración de la persona. Precisamente la juventud parece ser una de esas "encrucijadas".

Sin duda el drama de la juventud no está aislado: está en estrecha relación con el drama de la niñez. De hecho, es evidente que las posibilidades de la juventud dependen del camino que se haya podido recorrer o no durante la niñez. ¡Cuántos son los que no pueden vivir el drama de la juventud -esto es tener la oportunidad de gozar de sus posibilidades- por ha-

10 - Dostoyevski, F., op.cit., p.275.

ber tenido una niñez trágica que los ha marcado o quizás mutilado para siempre! Pero aquel que haya salido básicamente airoso de la primera prueba de la vida (digo "básicamente" porque ¿quién ha dejado completamente atrás las cargas de su origen?) se enfrenta en la juventud con una nueva instancia decisiva.

Pero ¿en qué consiste el drama de la juventud? Como ya hemos dicho la juventud es la "floración" de las potencias vitales supremas del hombre. Sin embargo, el joven no las experimenta -al menos en los primeros momentos- como poderes "propios." Por el contrario, el joven está en cierto modo abrumado y asustado de los poderes que le son dados por su propia juventud. Los siente como "acontecimientos" que, a pesar de ocurrir "dentro" de él mismo, le resultan en el fondo ajenos y hasta violentamente extraños. Así, las potencias juveniles de visión, de agresividad, de acción, de erotismo que van apareciendo progresiva pero intermitentemente, alternadamente, casi podríamos decir "desordenadamente", en forma plena unas, en forma parcial otras, generan en el joven, por un lado, una sensación de poderío y plenitud y, por el otro, un paradójico sentimiento de abatimiento e impotencia. Así, la juventud es un verdadero "campo de prácticas" en el que se van ejercitando, ensayando las propias capacidades humanas. En otras palabras, *en la juventud uno "va tanteando", haciendo la prueba -a veces tímida, a veces audaz- de ser uno mismo:*

"Peter y yo -dice Ana refiriéndose a ella y a su novio adolescente- **luchamos constantemente con lo que constituye el verdadero fondo de nuestro ser.** Ni él ni yo estamos seguros de nosotros mismos, somos demasiado jóvenes. . ." ¹¹

Pero al mismo tiempo que el joven experimenta esta lucha interna por encontrarse a sí mismo, *debe enfrentar también una lucha externa con la sociedad y la cultura.* Si bien ésta última tiene enorme influencia en la vida de toda persona a cualquier edad, en la juventud cobra una importancia fundamental. El joven está en una posición mucho más vulnerable ya que él espera encontrar el camino para asumir los poderes de su propia juventud siguiendo el ejemplo de aquellos que se supone han vivido esta experiencia, es decir, de los mayores. Pero ¿qué ocurre cuando muchos de entre éstos últimos no han superado la prueba de la juventud? ¿Qué pasa cuando en su momento no sólo no han sido capaces de asumir los precio-

11 - Frank, Ana, op.cit., p. 196.

sos dones de esta edad de la vida sino que han renunciado para siempre a toda su exigencia de plenitud? Y más aún ¿qué pasaría si una clase así de "hombres viejos" se apoderase de una cultura, de una sociedad? ¿No frustraría o aplastaría acaso una cultura así las potencias de la juventud? ¿Qué ocurre cuando al joven le toca vivir en una cultura que no lo ayuda a realizarse tal como lo expresa este desgarrador lamento de Ana Frank? :

"Para nosotros, los jóvenes resulta doblemente penoso sostener nuestras opiniones en un tiempo en que el idealismo está completamente aniquilado, en que los hombres dejan traslucir sus peores cualidades, en que la verdad, el derecho y Dios son puestos en duda. . .Esta es la dureza de nuestra época. Apenas idealismos, sueños, bellas esperanzas han germinado en nosotros, son alcanzados y destrozados por la realidad. " ¹²

Así, el drama del joven no parece ser otro que el de encontrarse en la encrucijada de ser capaz de asumir o no como propios los dones y potencias que la vida le regala y comenzar el camino de hacerlas fructificar de acuerdo a las exigencias inscritas en su núcleo personal o, por el contrario, renunciar a esta responsabilidad y, cediendo quizás a las presiones de su propia debilidad o del ambiente social, no llegar a ser aquello a lo que su preciosa juventud lo está llamando.

2. Ser joven en una cultura de la muerte.

Los consejos de la cultura: Robinson y Tito

Creo que hoy, a pesar de las apariencias, vivimos en una cultura a contrapelo de la juventud si entendemos las exigencias y el drama profundo que conlleva esta edad de la vida. Una manera de ver cuál es la intención auténtica de una cultura en relación a los jóvenes es analizar sus "consejos", es decir las recomendaciones básicas que la generación adulta transmite a la nueva acerca de cuál es la mejor manera de vivir. Basta tan sólo con echar una mirada a estos consejos para darse cuenta del sesgo antijovenil que nuestra cultura ha ido adquiriendo a lo largo de la era moderna. Un lugar clásico de esta cuestión en la literatura es el primer capítulo del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe en donde Robinson cuenta los consejos

12 - Frank, Ana, op.cit., p. 309/310.

que recibió de su padre cuando el joven le comunicó sus deseos ardientes de emprender un viaje en barco por el mundo:

“Mi padre, hombre sensato y grave, me dió *serios y excelentes consejos* para hacerme desistir de mi designio. . . me preguntó qué razones tenía, aparte de la mera *inclinación al vagabundeo*, para dejar la casa paterna y la patria, donde podía situarme bien y tenía perspectivas de hacer fortuna con mi aplicación y mi *industria* y de vivir con holgura y agradablemente. . . me dijo que yo pertenecía a la clase media. . . que en ella los hombres *pasan por el mundo suave y silenciosamente y salen de él con comodidad*, sin penosos esfuerzos de las manos o de la cabeza; sin que los enfurezca... el ardor secreto por las *cosas grandes*, sino que en condiciones fáciles *se deslizan por el mundo*. . . Y para concluir, me dijo que debía considerar el ejemplo de mi hermano mayor, a quien con el mismo afán trató de disuadir de irse a las guerras de los Países Bajos, sin conseguirlo, pues sus *juveniles impulsos* lo llevaron a alistarse en el ejército y murió. . . Después de dicho esto *me recomendó insistentemente que no quisiera hacer de hombre*. . . que él se ocuparía de mí y trataría de situarme bien en la clase social que me acababa de encomiar”¹³

¿Adónde apunta este consejo sino a liquidar la esencia, las potencias y el drama de la juventud que hemos descrito más arriba? En efecto, la primera característica de nuestra cultura ha sido durante mucho tiempo su *desconfianza radical en la espontaneidad de la vida*. Todo amor a la vida “porque sí” es visto como una exacerbación peligrosa, no “mediada” aún por las normas convencionales de la sociedad. Todo deseo, todo impulso natural no procesado por la sociedad es considerado “anormal”, errático, un “vagabundeo.” En segundo lugar, *esta cultura no cree en las “gestas”*, es decir la acción generosa, entregada, sin cálculo. Pone en su lugar a la “industria”, es decir, la acción planificada, estructurada conforme a los fines socialmente “útiles” y deforma así la capacidad de acción del joven volviéndola un activismo enajenado. En tercer lugar, este tipo de cultura reemplaza el ardor profundo de la vida afectiva, erótica y agresiva por un hedonismo “suave” o convulsivo, en el que *no hay lugar para las grandes pasiones*. Crispa así -a veces para siempre- la sensibilidad del joven, tornándola lánguida, o estira y alarga su ardor pasional hasta dejarlo chato, deforme, sin fuerza, sin color y sin vida. Por último, aconseja una *tremenda*

13 - Defoe, Daniel, *Robinson Crusoe*, ed. Grolier, México, 1970, p. 8/9/10.

autorepresión de la visión que todo joven tiene acerca de la grandeza a la que lo llama su destino: nubla la vista naturalmente penetrante y profunda del joven cambiándola por una mentalidad de cálculo y de escepticismo. No vale pensar en "cosas grandes," o "eternas" ni en general, ni mucho menos para uno mismo. Ante todo está la seguridad de una vida racionalmente planificada. Finalmente, cuando ya ha dado "todo de sí", esta cultura "arroja" la masa de vida ya enfriada e inútil al abismo de los desechos sociales.

¿Qué clase de cultura es pues ésta en el fondo? Creo que una cultura que pide nada menos que una renuncia total al drama de vivir la propia humanidad -"no quieras hacer de hombre"-, que manipula la naturaleza juvenil de manera brutal obligándola a salir de los ritmos de su propio desarrollo y la ata al "potro" de estructuras artificiales educativas, económicas o culturales, estirando las potencias juveniles hasta arrancarlas de su núcleo interior, es una cultura enemiga de la juventud, una cultura de decadencia, de vejez y, en último análisis, *una cultura de la muerte*.

Para una cultura así, en la que todos los términos están invertidos, la juventud es una enfermedad e intentar vivir sus potencias y su drama conlleva un riesgo de hacerse inútiles para la sociedad o, lo que es lo mismo, de morir. Veamos sino lo que aconseja la "madre" a Tito, el joven protagonista de "La primera república", uno de los célebres *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós:

"Padeces, querido Tito -me dijo ella sentándose junto a mí- el *morbo europeo*. . . a los que como tú se inutilizan para el vivir normal solemos dar el nombre de románticos. . . Conque ya lo sabes: no quiere verte romántico llorón, ni neurótico, ni flatulento, ni poseído de los demonios, que todos estos nombres han sido aplicados a los enfermos de necesidad aguda. . ." ¹⁴

Pero la raíz de la "enfermedad" está clara. Toda visión profunda de alguna "infinitud" es "antinatural", "quimérica" e "idealista" y lleva al hombre a la autodestrucción:

"No serás hombre. . . si en vez de contener tu alma en la norma de la ambición que la Naturaleza concede a los humanos, te lanzas al espacio insondable de las ambiciones locas, quiméricas fuera de los confines de la

14 - Pérez Galdós. Benito, *La Primera República*, "Episodios Nacionales", Aguilar, Madrid, 1945, p. 1182.

realidad. Acabarás por perder tu salud y con la salud tu vida, si te empeñas en remontarte al cielo para coger la estrella más linda que en él has visto desde la tierra o si te arrojas en medio del Océano para sacar la perla escondida en el seno más hondo de las aguas.”¹⁵

Ahora bien, ¿qué consecuencias tiene una cultura que -como declara Tito luego de recibir estos consejos- obliga a los jóvenes a “*tragarse esta píldora de indecible amargura*”? Quienes creemos que el ser humano está estructuralmente formado para ser joven, es decir, que la exigencia más profunda de su ser clama por vivir en plenitud los poderes vitales, una cultura así no puede no tener consecuencias. Una vez practicada esta represión ¿a dónde va a parar toda la tremenda energía en expansión de la juventud si no encuentra o no se le permite llegar a su objeto? En efecto, los tiempos que corren parecen mostrar que esta cultura de la muerte se está convirtiendo en una locura peligrosa.

Abismo de la juventud: Rodia

Pero ¿cómo reacciona el joven frente a las ataduras de la cultura de la muerte? Ana Frank dice de ella y de su amigo Peter algo que podría aplicarse a lo que sufre la juventud en una cultura de la especie que describimos:

“...somos de una naturaleza demasiado sensible para soportar las brusquedades de nuestros mayores”¹⁶

Un tipo de reacción del joven es la mimetización defensiva:

“*Me defendiendo fingiendo*” -dice Ana. Son legiones los jóvenes que se adaptan a la cultura de la muerte. Algunos lo hacen para perder allí mismo su juventud, otros esperando el momento oportuno para la liberación. Quizás muchos de los que parecen adherentes cambiarían súbitamente su actitud (¿recuperarían su amor a la vida, es decir, su juventud?) si la cultura de la muerte no los presionara. Pero no lo sabemos. Aunque es lícito y esperanzador pensar que esta “juventud oculta” está aguardando su liberación.

Otra posible reacción es abandonar la lucha, renunciar al amor a la

15 - Idem.

16 - Frank, Ana, op.cit., p.196.

vida, a las cosas grandes que presiente el alma juvenil apelando a la huída, al repliegue enfermizo sobre sí mismo:

A veces, -dice Ana - "reacciono automáticamente: *quiero 'irme'*." Lo mismo dice de su amigo:

"Peter *se repliega en sí mismo*. No habla apenas, se pone taciturno y se oculta detrás de su timidez." ¹⁷

Dostoyevski refleja bien este tipo de reacción del joven en su otra gran obra *Crimen y Castigo*. El protagonista, el estudiante Rodia Raskolnikov, es el trágico resultado de la cultura universitaria escéptica y utilitarista de la Rusia intelectual vanguardista de su tiempo. Rodia cuenta a su amiga Sonya el modo en que se "liberó" de esta clase de cultura, yéndose a vivir a un sórdido altillo y replegándose sobre sí mismo en un abismo de oscuridad, soledad e indiferencia :

"Mi madre me habría mandado lo necesario para la matrícula y yo habría ganado lo suficiente para vestirme, calzarme y comer. ¡De seguro hubiera podido! . . . Pero estaba exasperado y no quise hacerlo. De veras que estaba *exasperado* (¡ésa es la palabra justa!). Y entonces, como una araña, me metí en un rincón. Tú has estado en esa madriguera mía y has visto...¿Sabes lo que te digo Sonya? Que los techos bajos y los cuartos estrechos oprimen el alma. ¡Cómo detestaba esa madriguera! Y, sin embargo, no quería salir de ella. ¡Deliberadamente no quería salir! Pasaba días enteros sin poner los pies en la calle, sin querer trabajar, hasta sin querer comer. Me pasaba el día tumbado. Si Nastasya traía algo, comía; si no me traía nada, me quedaba sin comer. . . De noche no tenía luz. Seguía tumbado en la oscuridad. . ." ¹⁸ 483.

¿Quién no reconocería en estas palabras el culto de la juventud actual por la oscuridad, la tiniebla, la ropa negra, los colores morados de los muertos (en el pelo, en las uñas, en los ojos) y por la práctica extendida de "dejarse caer" -con la amargura de algún "opio" en la boca- en sillas, en caires, en la calle, en donde fuera, con tal de caer? ¿No vemos acaso que todo esto denota en los jóvenes un deliberado intento de escapar de sí mismos, de dedicar toda la energía agresiva destinada a la lucha por la plenitud a la tarea de tener un trato cada vez más cercano con la muerte?

17 - Idem.

18 - Dostoyevski, Fiodor, *Crimen y castigo*, Alianza, Madrid, 1995, p. 483.

Existe también otro tipo de reacción del joven. Ana Frank nos dice:
“Empiezo a alborotar, y armo un ruido tan insoportable que todos quisieran verme en el otro extremo de la tierra. ”

En efecto, a veces el joven reemplaza las grandes gestas a que está naturalmente llamado y que no puede hacer, por “gestos” grandilocuentes, “grandes acciones” hechas por compulsión, un tipo de hacer sin objeto, abstracto, divorciado del núcleo de la vida y del sentido de las cosas. El joven se zambulle frecuentemente en la acción de un modo extremo al punto de quedar absorbido y tragado por la acción misma. En “el sexo por el sexo”, o la “la agresión por la agresión”, el joven suele buscar de manera abstracta y enferma aquel infinito de plenitud al que está inclinado por naturaleza.

El mismo Rodia Raskolnikov sale de su infierno interior . . . pero para matar. El joven Rodia sale un día de su “refugio” y roba y asesina a hachazos a dos ancianas, acción para la cual no tiene ninguna clase de motivo objetivo. Sin embargo, ¿quién no ve lo que todos vemos en la violencia juvenil: *ese desahogo trágico de un frustrado apetito de realización humana?*:

*“No maté para procurarme fondos. . . ¡Eso es una tontería! Maté sin más ni más, maté para mí mismo, para mí solo. . . No era dinero lo que precisaba, sino otra cosa. . . Ahora lo sé. . . Lo que quería saber era algo distinto; era otra cosa lo que me empujaba. *Lo que quería saber, y saberlo cuanto antes, era lo siguiente: ¿soy un piojo, como todos los demás, o soy un hombre?* ”*¹⁹

El reproche trágico de la juventud: Louisa

No conozco un lugar en la literatura donde se haya expresado con tanta profundidad y emoción, el reproche trágico que el joven hace a los mayores responsables de la cultura de la muerte, como el diálogo entre Louisa y su padre en la inmortal novela de Charles Dickens *Hard Times* (Tiempos difíciles). Thomas Gradgrind ha educado a su hija Louisa en el sistema de los hechos (facts) y los cálculos. Le ha enseñado que todo en la vida puede resolverse sólo tomando en cuenta el “principio de la utilidad.” Ella lo ha seguido al pie de la letra: haciendo lo “razonable,” renunció a su

19 - Idem, p.485/486.

vocación artística, contrajo un matrimonio "conveniente", en una palabra, renunció a todas las potencias de su juventud. Pero un día se enamora de un hombre de paso por la ciudad que le hace descubrir dentro de sí misma, cuando ya es demasiado tarde, los restos mutilados de su juventud:

"-Padre, quiero hablarte" -dice Louisa de pronto un día.

"-¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? -contestó Mr. Gradgrind. . .

-Padre, ¿me has educado desde mi cuna?

-Sí, Louisa.

-¡Maldigo la hora en que nací para un destino tal!

-Él la miró con terror, repitiendo en el vacío: ¿maldigo la hora?

¿maldigo la hora?

-¿Cómo pudiste haberme dado la vida y al mismo tiempo haberme quitado todas las cosas valiosas que hacen que no sea un estado de muerte en vida? ¿dónde están las gracias de mi alma? ¿dónde están los sentimientos de mi corazón? ¿Qué hiciste, oh padre, qué hiciste con el jardín que debió haber florecido una vez y que ahora es un desierto?.

Se golpeaba a sí misma con las dos manos en el pecho.

-Padre, si hubieras sabido. . .que en mi pecho esperaban sensibilidades, afectos, debilidades capaces de ser transformadas en fortalezas... ¿me habrías dado el esposo que hoy estoy segura de que odio?

-Él dijo: No, no, mi pobre chiquita.

- ¿Me habrías condenado al frío y la sequedad que me han endurecido y arruinado? ¿Me habrías robado -para el enriquecimiento de nadie, sólo para la mayor desolación de este mundo- de la parte inmaterial de mi vida, la primavera y el verano de mi fe. . .?

- O, no, no. No, Louisa.

...

-Con un hambre y una sed dentro de mí, padre, que nunca fueron calmadas ni por un momento. . .he crecido, peleando cada centímetro de mi camino.

-Nunca supe que eras infeliz, mi chiquita.

-Padre, yo siempre lo supe. En esta lucha rechacé y aplasté mi mejor ángel y lo convertí en un demonio. . .mi tarea desde la infancia ha sido luchar contra todo impulso natural que brotara de mi corazón. . .y mi lúgubre recurso ha sido pensar que la vida muy pronto terminará. . .

-¡Siendo tú tan joven, Louisa! - dijo el padre con pena.

-Siendo yo tan joven."

Después de decir esto Louisa parece desmayarse y Dickens nos dice:

“Él la agarró con firmeza para prevenir que se cayera al suelo, pero ella gritó con voz terrible, ‘¡Si me agarras, me voy a morir!;Déjame caer al suelo!’ Y él la dejó allí y vió el orgullo de su corazón y el triunfo de su sistema, yacente, como una masa insensible, a sus pies.”²⁰

Me pregunto, ¿qué oídos podrían soportar hoy los gritos de reproche de nuestra juventud mutilada si ésta llegara a expresarse de esta manera?

3. Salvación de la juventud : Todos los jóvenes y Scrooge.

Al principio citábamos a Alioscha Karamazov que decía a su hermano Iván:

“La mitad de tu tarea está cumplida y conseguida, Iván, amas la vida.”

Pero sólo al final de este artículo podemos agregar la segunda frase que Alioscha dice acto seguido:

“Ocúpate de la segunda parte, la de la *salvación*”.

En efecto, la juventud es un don muy grande pero es un don en constante peligro de perderse. Se podría decir que llegar a ser joven es casi una consecuencia natural de la edad de modo que es casi inevitable ser o llegar a ser joven alguna vez. Pero este amor “contra todo” es sólo prerrogativa de algunos años de la primera juventud. Cuando pasa este primer momento, y la lucha por ser uno mismo en medio de las grandes tentaciones de mimetizarse o de caer arrecian, la juventud se vuelve un don frágil que debe ser constantemente rescatado, salvado, reinjertado en su núcleo más profundo.

Ana, Iván, Robinson, Tito, Rodia y Louisa son jóvenes trágicos. A todos ellos les ha tocado ser jóvenes en una cultura de la muerte. Como dice Nietzsche:

“Yo no creo que los hombres de hoy canten mejor que sus antepa-

20 - Dickens, Charles, *Hard Times*, Oxford Univ. Press, 1989, p. 286-292.

sados, pero lo que sí sé es que *se les deja ciegos muy jóvenes.*"

Sin embargo, nunca es del todo tarde para rescatar el núcleo de la juventud. Dos realidades sólidas pueden salvar al joven: *la naturaleza y la Gracia*. Si bien los males pueden atacar la naturaleza juvenil, ésta es una poderosa creación divina que puede llegar a restaurarse y curar. Pero además está la Gracia, es decir, la intervención sobrenatural de Dios que "hace nuevas todas las cosas" es decir las vuelve a su fuente última de vitalidad y juventud que es Dios mismo.

Louisa ha perdido sus mejores años, es cierto. Sin embargo Dickens nos habla de una "visita," una gracia que la salva de algún modo de la infelicidad completa y que hace posible una lenta pero fructífera curación: allí comienza el tiempo de la naturaleza que va regenerando una "nueva" Louisa que comienza a sentir y a ver por sí misma. En cuanto a Rodia, es rescatado por su naturaleza, la exigente vitalidad de su conciencia, que lo va llevando a admitir su crimen, confesarlo y expiarlo. A esto se suma la gracia del encuentro con Sonya quien le ayuda a reconciliarse consigo mismo, con la vida y con Dios. Rodia rescata allí el núcleo de la juventud:

"Ni el mismo sabía cómo ocurrió aquello, pero de pronto algo le arrebató. . . *él había vuelto a la vida; lo sabía y lo sentía con todo su ser. . .*"²¹

Robinson rechaza en un primer momento el consejo antijuvenil de su padre y huye a conocer el mundo. Luego naufraga y queda en una isla y el resto de la historia lo conocemos: sigue allí casi al pie de la letra el consejo de su padre reproduciendo la cultura de la que había huído. De Tito sabemos poco y nada. Quizás pertenezcan ambos al grupo de los que se han olvidado para siempre de su propia juventud. . .

Iván amaba la vida contra toda lógica. Las deducciones pesimistas de su razón, obtenidas de la cultura de la muerte en que se educó, contradecían su espontáneo amor a la vida. Dostoyevski no es del todo claro sobre su final aunque parece insinuar que un amor a la vida así, con mucho sufrimiento de por medio, puede finalmente descubrir un sentido y superar el pesimismo de la falsa razón.

Finalmente, Ana. Ella fue golpeada como pocas por la cultura de la muerte. Pero en ella, a pesar de la muerte física, fue salvada la juventud en su esencia, potencias y drama. Al final de su diario da su último testimonio de juventud:

21 - Dostoyevski, F., *Crimen y castigo*, ed.cit, p. 632-633.

*“...sigo buscando el medio de llegar a ser lo que me gustaría ser, la que sería capaz de ser, si...no hubiera otra gente en el mundo.”*²²

Un último interrogante: ¿es posible ser joven al final, cuando ya ha pasado el tiempo indicado? En la entrañable obra de Charles Dickens *A Christmas Carol* (Una Canción de Navidad) se habla de esta clase de juventud adquirida a último momento. Scrooge, el protagonista, es un viejo avaro y miserable que ha vivido toda su vida al servicio de la cultura de la muerte. Su corazón está completamente seco y endurecido. Es injusto con su empleado, agrio con todo el mundo y sobre todo detesta festejar la Navidad, es decir, la fiesta del nacimiento de la Vida. Pero una noche se le aparece el espíritu de un amigo muerto que lo lleva a un viaje hacia el pasado haciéndole reconocer el modo en que ha desperdiciado los dones de su juventud, luego le muestra la miseria humana que ha engendrado su vida presente y finalmente -este es el momento más profundo del relato- le hace ver en el futuro su propio nombre grabado en una tumba olvidada. . Scrooge experimenta allí una conmoción tremenda, radical, algo muy parecido a lo que los cristianos llamamos “conversión.” De hecho, a partir de allí Scrooge se convierte en un “hombre nuevo”:

*“¡Espíritu! gritó Scrooge, ¡Escúchame! Ya no soy el hombre que era... Honraré la Navidad en mi corazón y la viviré todo el año.”*²³

Esta clase de juventud en la que se inicia Scrooge no es ya una juventud humana o natural sino la juventud divina y eterna de los hijos de Dios. Pero -como dice Dostoyevski al final de *Crimen y Castigo*- “ése es el comienzo de una nueva historia, la historia de la continua renovación de un hombre, la historia de su gradual regeneración, de su tránsito de un mundo a otro, de su iniciación en una nueva y hasta entonces incógnita realidad. Ello pudiera ser tema de un nuevo relato, pero éste de ahora termina aquí.”²⁴

22 - Frank, Ana, op.cit., p. 315.

23 - Dickens, Charles, *A Christmas Carol*, Dover Public., New York, 1991, p 62.

24 - Dostoyevski, F., *Crimen y castigo*, ed.cit, p. 634.